

Capítulo 7

Obedecer a Dios

Cuando alguien verdaderamente se convierta a Cristo su modo de vivir se cambia. "Aunque la obra del Espíritu es silenciosa e imperceptible, sus efectos se manifiestan claramente. Si el corazón ha sido renovado por el Espíritu de Dios, la vida llevará frutos que testifiquen de esta renovación. No podemos hacer nada en nuestras vidas que pueda cambiarnos el corazón o que nos lleve a una armonía con Dios. No podemos confiar en nosotros mismos, ni en nuestras buenas obras, pero nuestras vidas dirán si la gracia de Dios vive en nosotros." (*Camino a Cristo*, p. 39).

Una vez Jesús dijo: "El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu." (S. Juan 3:8). Nadie puede ver el Espíritu Santo, pero sí se puede ver lo que hace. Cuando una persona relacione a Jesús, y siga las direcciones del Espíritu Santo, los efectos son claros. Una vida con Jesucristo es diferente que una vida sin él. Los dos modos de vivir no son iguales.

"Puede haber un cambio aparente, una aparente renovación en el carácter sin el poder renovador de Cristo. El deseo de ejercer influencia y el ansia de tener la estimación de los demás puede producir una vida bien ordenada. El respeto propio puede inducirnos a evitar las apariencias del mal. Un corazón egoísta puede llevar a cabo acciones generosas. Entonces, ¿por qué medios podemos determinar en qué lado de la línea estamos?" (*Camino a Cristo*, p. 40).

¿De quién es el corazón? ¿Con quién están nuestros pensamientos? ¿De quién nos deleitamos hablar? ¿Quién tiene nuestros más caros afectos y nuestras mejores energías? Si nomos de Cristo, nuestros pensamientos estarán con él, nuestras meditaciones más dulces serán acerca de él. Ansiaremos tener su imagen, respirar de su Espíritu, hacer su voluntad y agradarle en todas las cosas." (*Camino a Cristo*, p. 40).

Ahora se presenta dos fracasos que debemos evitar. (1) El primer fracaso es que nuestros hakeres pueden efectuar lo que Dios requiere, es decir que podemos obedecer le sin su ayuda. Los que creen así no entienden nada de lo que

Dios acepta, ni tampoco lo que significa el obedecer. Para que algo sea aceptable a Dios, debe ser perfecto—sin mancha alguna. Si hagamos algo bien de vez en cuando, este hecho no niega las otras cosas que hacemos que son malos. Pues el hacer bueno no basta.

En toda vez, la obediencia no es limitado a hacer bien. Lo que significa es servir a Dios con todo mente y corazón. La problema es que amar Dios no sale de la naturaleza humana; es algo que el Espíritu Santo debe poner en nuestros corazones. Sin este principio de amor para Dios nadie puede obedecerle. (Léase 1 Corintios 13:1'3.) La obediencia proporciona con Jesucristo viviendo dentro de nosotros por su Espíritu.

¿Qué, piensa Vd., llegue por primera vez? ¿Obedecemos para que recibamos a Cristo? ¡No! Llegamos a Cristo tal como seamos. Sin él nadie puede obedecer a un Dios santo. ¡Jesucristo adelante! No podemos ser salvos por lo que hagamos.

El segundo fracaso que se debe evitar es que el obedecer no importa, con la ayuda divina, o sin ella. Hay solamente dos pasos delante de nosotros. Alguien puede

vivir en obediencia, o en pecado. Es verdad que Dios ama a los pecadores, pero odia al pecado. Sí aceptará el uno, pero nunca el otro. Jesús vivía una vida de obediencia. Su voluntad y la del Padre eran lo mismo. Lo que el Padre deseaba, Jesús deseaba también.

¿Acaso era difícil para Jesús hacer la voluntad de su Padre? No, no era difícil. La voluntad del Padre era la del Hijo. ¿Era algo triste para Jesús obedecer la ley de su Padre? No, por corazón y naturaleza la obedeció. (Léase S. Mateo 5:17; Salmos 119:97.) Cristo debía luchar constantemente contra Satanás, pero nunca contra su Padre.

¡A veces sí luchamos nosotros contra el Padre! La diferencia es que nosotros somos pecaminosos, pero él es santo. Esta diferencia nos ha separado y, si sigamos adelantando en nuestros pecados, ellas seguirá separando nosotros del Dios. Jesús llegó a este mundo para que destruir la separación, para que nada ocuparía el espacio dentro él y su pueblo. El llegó para restaurar la armonía entre el mundo y el cielo.

¿Cuál manera de cambio quiere Jesús? ¿Acaso llegó a cambiar la ley de su Padre para que los pecadores seguirían

quebrándola y ser salve en sus pecados? ¿O sea llegó a cambiarnos a nosotros? ¿Por qué debería cambiarse a sí mismo? Nosotros somos los pecadores. El quiere que conozcamos a él aquí en este mundo y amemos ahora a su ley – es decir su modo de hacer – para que gozaremos de estar en el cielo con él en el futuro.

Lo que Jesús contempló no era destruir la ley de su Padre, lo cual condena al pecado, sino que ayudar a los pecadores para que no siguen quebrantándolo y que vivamos vidas enteramente cambiadas por su Espíritu. (Léase S. Juan 17:15.)

La Biblia dice: "Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; ⁸ y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios." (Romanos 8:7). Pero también Dios nos dice: "Por lo cual, éste es el pacto que haré con la casa de Israel Después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, Y sobre su corazón las escribiré; Y seré a ellos por Dios, Y ellos me serán a mí por pueblo" (Hebreos 8:10).

Dios no ha cambiado a su ley—para que no seamos condenado por quebrantar la. Al contrario, su Espíritu Santo nos cambia a nosotros. Cuando aceptemos al don libre de vida eterna obedeceremos tal como lo hizo Jesucristo mismo. De esta manera él quiere que todas sus seguidores vivan.